

EL REGRESO

A César Chacón Bravo

Nunca antes habías sentido esto, esto que es diferente a la melancolía o la tristeza, que es infinitamente peor. Porque, aún en las batallas y hasta en las traiciones, habías sabido confiar siempre en ti mismo, en el futuro, en ese porvenir que afrontabas casi con la certidumbre de que siempre saldrías adelante.

Pero ahora no; te acechan los presagios.

Es el dolor, ese dolor terrible en el pecho, que no te deja respirar, que te ahoga y que te agobia, mientras los indios te miran. Tal vez con rabia... tal vez: ni eso puedes saber a ciencia cierta, tan rígida es la máscara que construyen sobre sus rostros, tan arduo el encontrar un atisbo de expresión en sus voces, que todavía delatan haber nacido bajo las modulaciones de un idioma distinto, profundamente incomprensible para ti. Y es que en ese dolor tú reconoces a la muerte, la que como todo cristiano aguardaste para algún día del futuro, latente, lejana, pero que ahora viaja ya inseparable contigo. Y todo se te aparece tan fugaz y tan terrible, tu memoria, tu aniquilada voluntad, y este paisaje de grises y de ocre del que ya no crees poder nunca salir.

Juan Antonio Guevara y Solórzano sufre en silencio, en un silencio que sin embargo no es el silencio de los indios. Siente su cuerpo adolorido, no sólo por esa terrible opresión que le nace desde dentro, sino también porque ha perdido lo que ningún viajero se permite abandonar: la ilusión del retorno. Ha sido violentamente asaltado y despojado hace pocas horas, y se ha encontrado en medio de la soledad del fin: lo que antes fue su calmado regreso entre montañas agrestes ahora es un deambular sombrío, el caminar de un hombre que se agota alejado de los suyos, sin esperanzas y sin luz.

Ya no está a tu lado el capitán Alviarez, figura alargada en las tardes del cálido mar, camarada de armas en los llanos de la Nueva Granada, improvisado confesor de tus proyectos y tus debilidades. Todavía no puedes creer que lo hayan muerto. Y bajo la monotonía del gris que hoy envuelve a la sierra, montado sobre la bestia que sigue casi sola su camino, sin que tú sirvas ya siquiera para guiarla, Juan Antonio, compruebas que te invade una resignación sombría. Cómo habrías de lamentar las pertenencias que te han robado si han matado a tu amigo, si los caminos se han cerrado enfrente de ti, si esta muralla de dolor te separa ahora de Mercedes, que en vano te esperará en aquella casa de paredes blancas desde donde se divisa la iglesia en construcción, mientras a través de las piedras se va filtrando el agua, lentamente. En vano te esperará porque tú ya no tienes cómo volver.

Tres veces han intentado proseguir hacia el norte, tres veces, entre la tarde de ayer y este mediodía que parece un crepúsculo. Anoche, cuando se acercaron a una laguna de aguas impenetrables, los recibieron con una descarga cerrada y precisa; allí murió el capitán, su casaca oscurecida por la sangre, mientras dos indios rodaban también escondiendo las heridas bajo sus ponchos oscuros. Luego, por la mañana, aparecieron sombras confusas sobre las crestas de los cerros, sonidos premonitorios y una advertencia: un asno degollado que atravesaba la difícil senda que subía hacia el norte.

Y entonces los indios te dijeron, los cuatro que continuaban contigo, que te llevarían a la ciudad. Apenas si has podido entenderles, pero ya estás de nuevo sobre el camino que recorriste hace poco, cuando comenzó tu ingobernable dolor: vuelves hacia la ciudad otra vez, derrotado no sabes si por bandoleros o por insurgentes, en medio de este viaje que es una pesadilla de la que jamás despertarás. Te aferras al animal sólo tratando de no caer, luchando contra el deseo de apearte y de yacer, desnudo aunque sea sobre la dura tierra.

"Pero si voy hasta la ciudad tendré que seguir hacia el sur -les has dicho- durante semanas y meses, porque luego a los lados se extienden tan sólo los desiertos inmensos". Y has callado lo peor: "Ella me espera; *necesito* regresar cuanto antes". Pero los indios no te han respondido, no han querido discutir contigo. Sólo uno, el más viejo, ha dicho por fin con el laconismo de su gente: "Aquí es peligroso; a la ciudad nos vamos".

Sin discutir, sin otra alternativa, Juan Antonio, has tenido que seguirlos: ¿adónde podrías llegar tú solo, en ese paisaje casi helado, con el pecho apretado en espasmos que te impiden respirar y una opresión extraña que te llega hasta las sienes? Y ahora vas de regreso pero no de regreso hasta el calor y la luz y la alegría que, tú lo sabes, te aguardan más allá del mar, sino de regreso hacia el comienzo de tu propia desventura, hacia el sitio de donde has salido después de agotar tus trabajos y tu cuerpo.

Es ya de tarde cuando, tosiendo por el frío que no se aparta del centro de su cuerpo, el coronel y su lenta comitiva atraviesan lo más elevado de paraje. Desde allí se ven las casas, las pocas casas que quedan después de tanta devastación y tanta guerra, en el sitio que algunos llaman Agua Dulce y otros, simplemente, La Línea. A lo lejos están los blancos y los rojos, el humo de las cocinas que parecen aguardar a los viajeros, el relumbrar del río que todavía no ha crecido.

Y es en ese momento, reconfortado tal vez por la vista de la aldea o quizás anticipando que se inicia el descenso, que tus fuerzas vuelven a renacer. No tus fuerzas, en realidad, las energías de tu cuerpo, sino la voluntad de sobrevivir, de llegar otra vez hasta el mar que ahora te obsesiona como lo hacen los espejismos con el viajero del desierto. Acaso por eso recuerdas, piensas, haces proyectos otra vez, como si quisieras atrapar un rayo de lucidez antes de que tu pensamiento retorne al infinito cansancio que lo paraliza.

Algún tiempo después, cuando la tarde ya es auténtico crepúsculo y estás comiendo el guiso rústico que te han brindado, buscas entre tus ropas las últimas monedas que te quedan, las que no te han quitado porque pudiste esconder antes de que el dolor te perdiera. Y hablas, con un hilo de voz, del otro camino, de ese sendero que antes preferiste no seguir porque era más largo y más difícil, pero que puede llevarte también hacia tu casa, eludiendo a

la vez a quienes no sabes si son bandidos o insurgentes, y al desierto. Y pagas para que un hombre joven, un indio que te recuerda a los grabados que aparecen en la obra de Garcilaso, se acerque hasta allí y para que pregunte, en un viaje que puede durar toda la noche, si el Coronel Agustín Bracho se encuentra todavía en su hacienda. Y a pesar de que quizás va en ello tu vida o lo que queda de ella -que es solamente la esperanza de un buen morir en una casa sombreada de palmeras- te duermes de inmediato, como un niño.

Todavía no había alcanzado a amanecer cuando llegaron los dos hombres, sus fusiles terciados con cierta ostentación, trasnochados y presurosos. Despertaron al enfermo coronel y sólo aceptaron demorarse para que éste pudiese tomar su desayuno. Pero él no comió, no entendió bien quienes eran los hombres y permaneció sumido en el profundo letargo que lo gobernaba. Por fin subió a su cabalgadura y partió con ellos. Se encaminaron hacia el sur pero, después de una o dos horas de marcha, abandonaron el camino principal y encontraron la vieja senda que se dirigía hacia la Cordillera de la Costa y descendía luego hasta el mar. Juan Antonio, ya despierto y sintiendo ahora hambre, percibió entonces que la esperanza no moría, que tal vez podría llegar, si su cuerpo resistía lo escabroso del terreno, al menos hasta las cabeceras de ese valle donde seguramente lo esperaban.

Y entonces -después de dejar atrás una de las infinitas curvas- lo divisaste, imposible de confundir: allí estaba el austero coronel Augusto Bracho, montado sobre un caballo negro, en el exacto punto en que el camino se desviaba hacia su hacienda, con su misma mirada penetrante y la sonrisa juguetona de siempre.

Se abrazaron los dos sin descender de las cabalgaduras, y dijo el hacendado a modo de saludo:

-Sabía que estos páramos no te podrían matar, Juan Antonio!

-En cambio yo no lo he sabido hasta hace un instante... cuando por fin te vi.

Pero el camino era difícil, lento, y Juan Antonio se sintió otra vez mal durante el resto de la jornada. Hacia el mediodía, ahora de sol, llegaron hasta la vieja casa que se alzaba junto a la orilla del río. El Yungura era allí apenas un torrente que se deslizaba ruidoso entre las queñuas.

En la vetusta vivienda habitaba un aire de frescura vegetal. Ellos hablaron, hablaron sin pausas hasta mucho después del atardecer; a pesar de la fatiga del uno y de la parquedad que al otro habían dado los años, estuvieron primero afuera, almorzando en la luz transparente de la tarde y luego en la gran habitación donde reinaba incongruente una maciza mesa de caoba. Recordaron hechos triviales que ahora la guerra de independencia había convertido en fabulosos, la alegría de las victorias y la lenta desazón que introdujo en sus vidas la sucesión de las guerras, la sinrazón de las revoluciones, la algarabía insensata de los caudillos. Hubo un momento en que se sintieron culpables como demiurgos por esas décadas de pesadilla, y un momento también en que se vieron como las altas rocas a las que no hacían mella las tormentas subalternas que eran el signo de los tiempos.

Hubieran querido continuar así, tal vez durante toda la noche, pero era imposible. Juan Antonio debía reposar porque la partida no podía ser postergada; por eso dejó la hacienda, apenas repuesto, en una madrugada tibia que por un momento le recordó a la costa. Sólo uno de los peones de Bracho, un mestizo robusto, formó su escolta.

Y estás otra vez rezando por un poco de aire, otra vez sobre una bestia que no entiendes, recorriendo caminos que suben y que bajan siguiendo desconocidos diseños, soportando las variaciones inclementes del día, agotado ya antes de haber entrado nuevamente a la vía que conduce hacia el mar.

Al anochecer del primer día una lluvia fría te obliga a detenerte, y vuelves a pensar otra vez que ese dolor de adentro ya no te abandonará nunca. En la tarde del segundo día, consumido por la fiebre y al borde mismo de que la esperanza te abandone, atraviesas lo más alto de los blancos Andes. Y luego, poco a poco, comienzas a recordar que hay futuro: es posible el encuentro, el regreso, aunque después te queden sólo unas horas de vida.

En la ciudad que domina la cuesta Juan Antonio revive: no porque su cuerpo lo libre de su delirio sino porque comprende que no puede perder tiempo, que todo debe ser hecho en ese mismo agonizante día: los correos a despachar, las denuncias, las conversaciones casi incoherentes con las autoridades. El exhausto coronel logra emprender, ya solo, el camino hacia una costa que ahora casi se ve en el horizonte. Y allí llega, con el milagro de que todo haya podido consumarse a tiempo, ayudado desde lejos, viendo como en una alucinación los mástiles de esa goleta que es como el símbolo de la mujer que ama.

Lloras, aún sintiéndote moribundo, pero seguro de tu felicidad. Desearías besar el suelo, coronel, como en los viajes a Tierra Santa, pero bien sabes que no es la tierra lo que tú quieres besar. Acercándote a la orilla, bajando entre las piedras, consumas finalmente un acto que te parece ritual: bebes del mar, recogiendo un poco de agua con tu mano, mientras las suaves olas van lamiendo las botas deshechas que te acompañan desde hace más de un mes.

Carlos Sabino

Caracas, 1989